### Cosa vederes, amigo Sancho

A partir del año 1926, el *Doktor* Haber veía cumplidos sus sueños. El WKI incorporó decenas de jóvenes científicos. El Instituto era un hervidero de ideas novedosas y desafiantes para la época. Los jóvenes científicos llegaron desde Austria, Inglaterra, localidades de habla alemana como Checoeslovaquia, Hungría y de varios estados de Prusia. Entre ellos, Michael Polanyi. Amalia trabó amistad con él, le abrió un mundo de preguntas y saberes que ella ni siquiera se había planteado. Para la mujer, la ciencia (en este caso la Química) constituía un campo de conocimiento autónomo y objetivo. Sentía y pensaba que los científicos tenían la enorme ventaja de ser autoridad de referencia, sumos pontífices de las cosas como son. Jueces de última instancia de la naturaleza y todas las cosas.

Michael le movió el piso al mezclar la política y la ciencia.

—Es posible, querida, que un día cualquiera venga alguien y te diga “las cosas son como yo las ordeno”. Y lo dirá sin tener la más mínima competencia y mérito para hablar de temas científicos. Fíjate lo que sucede ahora mismo en Italia o en Rusia, perdón, en la URSS. Mussolini prohibió todo, sindicatos, partidos, libertad de la prensa. Los burócratas llegarán un día y proclamarán: eso no es ciencia.

—¿No exageras, Michael? A ningún lego se le puede ocurrir censurar a un científico.

—¿No? *Cosa vederes, amigo Sancho, que non crederes.* Nuestro peor enemigo es el Estado, querida.

—¿Con qué autoridad? ¿Cuál sería la razón?

—La única que entienden todos: la violencia física. ¿Acaso Giordano Bruno no fue asesinado por hacer ciencia? Ya vendrán a decir qué es arte y qué no lo es, qué debe hacer un científico y qué no debe… y si no hace lo que le ordenan: ¡a la hoguera!

—No creo que veamos eso algún día.

—Yo lo veo ahora mismo. El gobierno sigue con los proyectos de gases químicos para la guerra de manera clandestina. Me dieron a leer un trabajo de un tal Flury, Ferdinand Flury. Siguen jugando con los gases. ¿Conoces a Heerdt?

130

La casona de Almagro

—Sí, claro.

—Está desarrollando un pesticida, ¿sabías?

—Sí, el *Zyklon -b*, yo misma estoy en algo parecido, los fertilizantes.

—¿Parecido? El tuyo hace florecer y el otro mata alimañas.

—¿Qué tiene de malo?

—Nada. Dependiendo de a quién consideres *alimaña*. Yo soy judío, querida amiga, me han dicho rata, cucaracha y otros epítetos que dejo pasar como para no distraerme de mis estudios. Con que no me elijan de conejillo… A veces pienso que lo más urgente y necesario es escribir lo que pasa entre los seres humanos, eso sería otra forma de hablar de la ciencia; digo, desde lo que hacemos los hombres y mujeres, y no simplemente desde la reacción de los elementos. Una ciencia para aplicar la ciencia para el bien de todos. Una filosofía de la ciencia. En Italia ha muerto la democracia, en Rusia lo mismo, ahora son los dictadores los que aprueban o desaprueban nuestro trabajo, ¿sabías? Ellos dicen qué es lo que hay que inventar y estudiar.

—Estamos en Alemania. Acá vivimos en democracia. Por otra parte, me parece un absurdo, cualquiera sea el gobierno, cuando hable con un científico, éste le hará conocer leyes. Leyes que nos gobiernan a todos, inexorables. La gravedad aplica tanto para Mussolini como para el señor que vende el periódico en la esquina.

—No tan leyes, las leyes… quiero decir, siempre habrá un legislador… El científico es una persona, como tal tiene voluntad de investigar ciertas cosas y no otras. En esa elección hay un mundo que no se rige por leyes inmutables y universales: esa es la dimensión de las pasiones humanas.

—¿Crees en la verdad de la ciencia?

—Sí creo, por supuesto que no de manera religiosa. Cambiando el tema: ¿qué haces el sábado por la noche?